

Añoranzas de la poeta en *Prólogo del alba*

Luis Carlos Salazar Quintana

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0002-2493-097X

LA ANTESALA QUE SUGIERE el llamado del título de Ysla Campbell, *Prólogo del alba*,¹ manifiesta también en su propia dicción una antítesis fonética; las oes oclusivas de la palabra prólogo, se contraponen y no obstante anuncian las aes expansivas del alba. La insinuación del título no solo nos lleva al movimiento iniciático de la luz, sino también invita al lector a la aventura dicotómica de la vida sentimental; la palabra encarnada en el ritmo y en la imagen poética que manifiestan las edades del sentimiento a través de la inocencia, la ternura, el juego infantil, la devoción por la madre, los encuentros amorosos y el erotismo; pero también su contraparte: el desamor, el dolor de la ausencia y la angustia por desaparecer; la muerte en fin.

En las páginas de *Prólogo del alba*, el lector se sumerge en la noche en que cabalga la luna y las estrellas en briosos corceles de la noche; ahí donde el espectáculo astral disipa la oscuridad del horizonte. En el alba, las muchachas surgen escarchadas de rocío; bailan y cantan; sueñan y aman, ríen a carcajadas, y colorean las praderas de verde con su alegría luminosa y perfumada; y contagian, sí, a quien las mira y admira desde el lugar preciso en que el pasado se vuelve presente, instante eterno que huele a sinestesias de azul y verde. Escuchemos a Ysla Campbell:

La mañana se endereza
azul y verdeamarilla.
Corre entre los verdes prados
y se posa en la campiña.
La mañana se recuesta



¹ Ysla Campbell, *Prólogo del alba*. Ciudad de México, Destiempos, 2024. En adelante, se cita por esta edición señalando entre paréntesis el número de página.

entre los brazos del cielo
viene y va por las terrazas
y baja por los senderos (p. 26).

El preámbulo de la aurora puede significar el canto de un nuevo día, la penumbra jubilosa y el reposo de los amantes. La perspectiva ambivalente que supone el recorrido del libro nos permite asomarnos con admiración a la noche tranquila para apreciar el resplandor cósmico: “La luna está de pincel / con su tapado de encaje, / sobre las alas del viento / cabalga al compás del aire / en su carro de cristal / con estrellas por collares [...]” (p. 28), pero la voz lírica establece también una analogía entre el espectáculo de la noche y la intimidad amorosa:

Caballos de crines negras
galopan hasta mi almohada
las patas arcos de fiesta,
saliva, menta y albahaca.
Potros sedientos se crispan
entre arroyos de luz y agua,
miembros de seda nocturnos
por las sábanas resbalan.
Entre gemidos de lobos
las estrellas se dilatan
las pieles sudan y yacen
en humedades de nácar.
Esencias de aires de junio
Por los ojos se derraman (p. 42).

Las primeras horas del día nos invitan a escuchar el festivo repique-tear de los pájaros y oler las perfumadas trenzas de las niñas, pero también la noche que la antecede nos hace re-

tomar las pasiones antiguas expresadas en los relatos míticos; en las gestas amorosas de Mercurio y de Luna cabalgando sobre el monte de Venus, o bien, cuando dice:

Tejeré por las noches sueños mudos
en que Venus y Adonis se consumen
en un cuerpo celeste, tan callado
que palpiten a un ritmo, pues son uno.
Y voy a destejerlo en la mañana
para esperar que el sueño se realice:
Penélope seré; sea usted Ulises (p. 43).

Estas mismas pasiones que bullen en el corazón incendiado de la voz lírica, se expresan también en el bagaje literario de la autora, su formación clásica y sus lecturas: “[...]. Es conjuro el amor, filtro de mago / ensalmo de la carne, bebedizo / que en el claustro te quema, pobre Adso, / Ariadna espera ya en el laberinto [...]” (p. 38). Repertorio literario que incluye sus amores platónicos; en especial cuando evoca su devoción por el fénix de los ingenios, dice la poeta: “¿Cómo no amar-te Lope, si eres todo? / La perfección en todo lo que haces, / en todo lo que escribes, en tus quejas / en si te falta amor o si lo dejas [...]” (p. 49).

Prólogo del alba también evoca la nostalgia, las oscuridades fantasmales, las oquedades que se profundizan a través de nuestras pérdidas. Cito:

No me dejes, cordero, no me dejes
cuando al rayar el alba te amanezca
Sangra mi corazón y no se agota,

sangra sin descansar mi alma dormida,
sangra todo mi ser y gota a gota
se me desangra el soplo de la vida (p. 61).

Si bien, hay madrugadas dulces por las caricias y las pasiones de los amantes, también la nunciatura del día podría sugerir la incertidumbre de poder llegar al amanecer, y de ahí la imperiosa necesidad de la voz lírica de trascender la muerte y seguir latiendo en la imagen intacta del polvo enamorado de Quevedo o en la arena errante de José Emilio Pacheco. Dice el texto, a manera de testamento:

Yo, Ysla Campbell,
amorosa en las noches,
tierna en los días,
sin que perturbe nada mi cabeza,
declaro que deseo
volver al polvo por el fuego,
llama de amor y muerte.
La arena de mi cuerpo
hay que tirarla grano a grano
por todos los lugares que he pasado
porque me pertenecen.
Y a todos aquellos que murmuran
sobre mis pretensiones, les confieso
que desearía un grano de mi cuerpo
en cada rincón del universo (p. 52).

En *Prólogo del alba* el tiempo sin embargo avanza y la poeta le reclama al dios Cronos su entendimiento cuadrado de los siglos convertidos en piedra; y se ubica en el tiempo humano para ofrendar la expresión vivificante de la primavera eterna que surge en el

canto en que se unen la naturaleza y el sentimiento convertidos en lenguaje.

Pero en la noche también se asoma el fantasma del desamor que como un espejo siniestro refleja la presencia y la ausencia a un mismo tiempo de lo que se ha marchado; incluso de los deseos que han terminado con convertirse en figuras sin cuerpo, en espectros que se alejan cuanto más nos acercamos a ellos, haciendo de los sentimientos un mar de incertidumbre: “[...] Pero... sus ojos tan vacíos me dan pena, / su figura sin cuerpo es mi costumbre; / es mi fantasma tan mi espectro / que quizá si se ahuyenta no yo me reconozca [...]” (p. 58).

Como en todo libro de la vida, la poeta si bien nos ubica en el prólogo del alba, también nos comparte la sensación de la clausura del día, cuando surge la desesperanza a causa de la enfermedad o del paso del tiempo: “[...] Me siento en el epílogo del día / el reloj me recuerda el tiempo ingrato / que se lleva las horas de la vida / con su tic-tac efímero y cansado. / Y estoy aquí muriendo en su sonido / tan despiadado y cruel que no me deja / un miserable aliento ni un suspiro. / Me voy, nos vamos sin saber a dónde, / pues se han perdido las eternidades, / solo sé que me acabo estando viva / y que me duele consumir la carne [...]” (p. 65).

La insistencia del alba en el recorrido poético del libro pone de manifiesto la añoranza de los primeros días, de los primeros años, de las primeras alegrías y de las primeras tristezas

también. Los versos de Ysla Campbell evocan el olor de los árboles, los tulipanes de rocío, las naranjas edulcoradas, y esos verdes de García Lorca que de tanto en tanto tiñen los paisajes del recuerdo, los horizontes luminosos, los anhelos siempre vivos de la aurora y la feliz y dolorosa infancia que se arrinconan siempre en el corazón, y que así y todo vuelve incesante e implacable en altas horas de la noche: “Volver y perderme de nuevo / en la última fila / en una banca solitaria / del último rincón / para llorar quedito / sin lágrimas ni muecas / por el tiempo [...]” (p. 78).

El alba de la poeta insiste en la búsqueda de la claridad, del anacorado rostro de lo intacto, de lo puro, del alma toda blanca que no obstante ha pedido su inocencia en el purpureo dolor de la violencia, dejando tras de sí solo una profunda soledad. Dice la voz lírica: “Sola entre las olas, sola” (p. 80). Una soledad que como retornelo aliterado vuelve al final de sus versos para invocar nuevamente el color predilecto: “[...] Sola entre las olas, sola, / sobre la espuma *blanca* de las olas, sola” (*idem*). La epanadiplosis que supone la palabra “sola” que, como vemos, inicia y termina el canto de la poeta, también evoca quizá a Octavio Paz cuando afirmaba que la soledad es el tema central de la vida humana, pues nacemos solos

y también hemos de morir en soledad.

Si bien, el libro nos sumerge en el encanto de la mañana y descubre el valor de los sentimientos más arraigados, el texto también manifiesta los significados del silencio y de la ausencia, cuando un hijo se encuentra lejos o cuando se pierde a un ser querido, especialmente cuando se trata de una mujer joven, cuya belleza y resplandor se ven eclipsados repentinamente; o cuando sobreviene la partida de aquella mujer nos dio la vida y que no hay manera de consolar su pérdida: “¿A dónde te escondiste amada mía, / con tu pájaro rosa en la garganta? La fuente se ha secado sin tu risa, / el huerto no florece ni me canta. / El pulso los relojes han perdido / a las tres treintaiocho campanadas / las cuerdas su tic-tac han detenido, / con tu silencio, ojos de miel dorada / que se llevan mis ojos malheridos [...]” (p. 102).

Libro de alegría y de muchas tristezas, *Prólogo del alba* nos comparte el sentimiento desnudo, *Die lebenswelt*, diría Heidegger, el mundo de la vida, la vida amorosa, el hallazgo en la imagen poética que nos confiesa el instante perdurable que se retrata en el lenguaje cuando ha adquirido la madurez y la dignidad para ser nombrado. Felicidades, Ysla Campbell, por esta autobiografía del sentimiento.



Yorch Otte, *Sobre ruedas*, 2023.